



CAPÍTULO III

San José, una figura inspiradora
para una ética del cuidado

Pbro. Dr. Luis Guillermo Restrepo Jaramillo

Filósofo y teólogo del Seminario Mayor de la Arquidiócesis de Manizales. Magíster en Teología y especialista en Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana. Es profesor de la Facultad de Educación de la Universidad Católica de Manizales desde enero del 2014 en pregrado y el Doctorado en Educación; también se desempeñó como decano de la Facultad de la misma Universidad. Autor de varias publicaciones en teología. Es investigador júnior y par de MinCiencias. Su interés investigativo se encuentra en el área de la teología fundamental, revelación y pluralismo religioso. Actualmente dirige el grupo de investigación Educación y Formación de Educadores (EFE) y es consejero del Consejo Nacional de Bioética (CNB) de Colombia (2019-2021).

Resumen

En el año convocado por el papa Francisco dedicado a san José, emerge la necesidad de evidenciar algunos aspectos fundamentales de su presencia perenne en la Iglesia. San José es el custodio del redentor y de la santísima Virgen María, es el patrono de la Iglesia Universal desde hace 150 años, y todo ello invita a profundizar en esta figura de cuidador, con todo lo que ella puede implicar para un creyente actual. Por ello se desarrolla este escrito desde una hermenéutica teológica, que busca comprender la necesidad del cuidado desde las perspectivas presentadas en el Evangelio de san Mateo, al referirse a san José, con el ánimo de permitir una lectura de contexto renovada y actualizar el testimonio josefino en las realidades del contexto actual.

Palabras claves: San José, cuidado, teología del cuidado, educación, salud.

DOI CAPÍTULO III: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C600](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C600)

Para citar este capítulo: Restrepo, L (2021). San José, una figura inspiradora para una ética del cuidado. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 55 – 70). Editorial Universidad Católica de Pereira.

Introducción

La figura de san José emerge en los evangelios como la del padre legal de Jesús y esposo de María. Sin embargo, tal figura realiza su función de padre que cuida y protege a su esposa y su hijo. Pero este lugar en el misterio de la salvación se expresa como el custodio, el cuidador, incluso de Iglesia. Por ello Pío IX lo declaró patrono de la Iglesia Universal. Su misión de cuidador, protector o custodio debe iluminar las maneras de constituir el hombre su acción como cuidador en diversas ocasiones en su vida.

Esta relación de todo ser humano con los otros y con el mundo en el que vive debe permitir mirar a San José como como un ejemplo o figura inspiradora para un comportamiento adecuado como cuidadores del mundo, de los otros y de sí mismo.

En el mundo actual, el contexto de la COVID-19 invita a tomar con mayor rigor el sentido del cuidado ajeno y propio para poder vivir en estas circunstancias que transforman la conducta humana y su modo de relacionamiento con el entorno.

El cuidado como expresión de humanidad

La ética es fundamental en el desarrollo del ser humano, a fin de cuentas, todos “somos humanos no solo porque el nacimiento nos otorgue esa condición, sino porque el contacto con el mundo socialmente compartido nos va ofreciendo a gotas un pedazo de humanidad” (Jaramillo-Ocampo y Restrepo-Jaramillo, 2018, p. 26). Y en esas experiencias que nos constituyen en humanos, las experiencias éticas son expresión central de humanidad y diferencian a todos del resto de lo creado.

Para el cristiano, la ética es más que un acto de cumplimiento de normas externas, pues son consecuencia de un actuar en coherencia con la fe, integrando a la vez los elementos fundamentales para ser más plenamente humanos, teniendo como fundamento lo que nos recuerda el Concilio Vaticano II al decir:

En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. (GS, 22)

En la esfera de la ética, en el contexto actual de la COVID-19, la pregunta por el cuidado propio y ajeno se convierte en una pregunta fundamental. En contextos específicos el cuidado se ha tratado en perspectivas de educación y salud, pues son dos campos fundamentales de la realización del hombre. En este campo es fundamental comprender qué se entiende por cuidado. Con frecuencia cuidar se puede comprender como proteger. En el *Diccionario de la lengua española* (RAE, 2014) se pueden ver las siguientes definiciones de este verbo:

1. tr. Poner diligencia, atención y solicitud en la ejecución de algo.
2. tr. Asistir, guardar, conservar. *Cuidar a un enfermo, la casa, la ropa.* U. t. c. intr. *Cuidar DE la hacienda, DE los niños.*
3. tr. Discurrir, pensar.
4. prnl. Mirar por la propia salud, darse buena vida.
5. prnl. Vivir con advertencia respecto de algo. *No se cuida de la maledicencia.*

Todas ellas remontan a la idea de ser prudente y racional con relación a sí mismo y a los otros, incluso al mundo creado.

De lo básico anterior, brota la necesaria pregunta por cómo comprender el cuidado en el contexto actual desde una perspectiva ética y cristiana. En primer lugar, vale la pena recordar lo afirmado en otro escrito, para hablar del cuidado:

En la comprensión de lo humano la categoría cuidado tiene un doble enfoque en la perspectiva actual. Así, se pueden señalar perspectivas como la hermenéutica del sujeto de Foucault (2000), y la del cuidado como expresión de la fenomenología ética de la alteridad de Lévinas (2014). Convocar a ambos autores puede permitir un diálogo dialógico (Panikkar, 2007), que correlacione dos perspectivas, aplicables tanto a la educación como a la salud. Es fundamental aclarar aquí que esta relación no consiste en una complementariedad, es un ejercicio más complejo, pues el punto de partida es diferente, incluso en la comprensión del sujeto las perspectivas son distintas, la una se lleva a cabo desde la interioridad y la otra desde la exterioridad. (Restrepo-Jaramillo *et al.*, 2020, p. 108)

Para comprender la necesidad de vivir el cuidado como acción humana, es necesario ver el contexto de este como una fenomenología ética, pues el cuidar del otro no puede ser simplemente una excusa para el autocuidado. En estos tiempos de pandemia, ante el desprecio de muchos por cuidarse, se debió recurrir al discurso de “cuidese para cuidar a los otros”. El cuidado es un deber fundamental del ser humano.

Por otra parte, el reconocimiento del otro es el que conduce a una ética del cuidado desde la alteridad, sin caer en la tentación de reducirla a reglas o principios que la regulen. Como lo recuerda Skliar al hablar de cuidado y educación:

Tal vez sea necesario rendirse ante una evidencia que parecerá tan obvia como redundante: la cuestión del cuidado del otro excede largamente cualquier pretensión de encerrarse en una temática más o menos bien definida; se resiste a reducirse a una serie de reglas, principios y leyes que regulen y discriminen qué es y qué

no es tal cuestión. Como una piedra arrojada al agua, cada vez que intentamos definir el lugar del dilema, este se abre en más y más círculos que, a cada segundo, impiden una concreción y una definición precisas. Y quizás eso ocurra justamente por lo que nos ocupa: si entendemos “el cuidado del otro” como una doble necesidad, esto es, la de pensar el otro por sí mismo, en sí mismo y desde sí mismo, y la de establecer relaciones de ética, pues a cada relación de alteridad, a cada conversación, a cada encuentro, todo puede cambiar, todo puede volver a comenzar, todo se hace transformación, todo se recubre de un cierto misterio, todo conduce hacia la llamada de un cierto no- saber. (2008, pp. 11-12)

Ahora bien, la comprensión de lo humano debe pasar por la valoración de su realidad multifacética, donde la alteridad es una veta de su comprensión. En esta relación con el otro se muestra la trascendencia, que va más allá de la contemplación objetual, como bien recuerda el filósofo de Kaunas al decir:

Pensar lo infinito, lo trascendente, al Extranjero, no es, pues, pensar un objeto. Pero pensar lo que tienen las grandes líneas del objeto es, en realidad, hacer algo más o algo mejor que pensar. La distancia de la trascendencia no equivale a la que separa en todas nuestras representaciones el acto mental de su objeto, ya que la distancia a la que se mantiene el objeto no excluye —y, en realidad, implica— la posesión del objeto, o sea, la suspensión de su ser. (Lévinas, 2012, pp. 46-47)

La alteridad así comprendida emerge como el movimiento por excelencia de la trascendencia como un ir más allá, no por un mero rechazo de lo ya vivido, sino como apertura radical a lo que va más allá del yo. Así llega a afirmar Lévinas (2012): “El movimiento de trascendencia se distingue de la negatividad por la que el hombre descontento rechaza la condición en que está instalado” (p. 36).

Junto a lo anterior, se entiende que el otro no es el punto culmen de expresión de la realización humana. Pero precisamente por ser expresión de exterioridad humana, el pobre, la viuda, el huérfano, el extranjero son acogidos no para poseerlos en la autorrealización del yo, sino reconociendo su humanidad, cuidando de él. Este humanismo del otro hombre es, pues, el que descubre plenamente mi propia humanidad (Lévinas, 1993).

Es desde este sentido fenomenológico ético que aparece el cuidado del otro no como una consecuencia de un sí mismo; más bien ayuda al yo a descubrir su lugar adecuado y a no ver al otro como problema, sino como necesario compañero de camino. El sujeto sale de la totalidad para, dirigiéndose al infinito, descubrir al otro que tiene mucho que enseñarle en el cuidado de sí, podría decirse desde el otro. Se puede afirmar, sin duda alguna, que el rostro del otro será el que lo revelará y hará que se me imponga a misubjetividad, convocándome a cuidar de él en esa especial relación que se expresa en el nosotros.

Así pues, se entiende que la otredad se expresa de manera sublime en el amor que cuida y protege como necesidad de expresión comunicativa. Como lo recuerda otro filósofo, el amor al otro es acto no planeado que garantiza su huella. En palabras de Rosenzweig (1997):

El amor no puede sino actuar. No hay acto de amor al prójimo que caiga en el vacío. Justamente porque el acto se hace a ciegas, tiene que mostrarse como efectivo en algún sitio. En cualquiera, y es incalculable en cuál será. Si hubiera sido hecho lúcidamente, como la acción con vistas a un fin, sí sería posible que desapareciera sin dejar huella. (p. 323)

El cuidado del otro debe ser más que un acto meramente altruista, con frecuencia muchos fundan el cuidado en el reconocimiento de los derechos ajenos, pero en realidad en esta perspectiva es y debe ser siempre un acto de absoluta necesidad ética frente al otro, un acto de amor.

Sin embargo, es necesario reflexionar aquí sobre el cuidado de la casa común, como dice Francisco, un cuidado que va más allá del sí mismo, del otro y llega a lo otro. Eso otro que es el mundo en el que vivimos. Francisco dice en la *Laudato si'*:

Después de un tiempo de confianza irracional en el progreso y en la capacidad humana, una parte de la sociedad está entrando en una etapa de mayor conciencia. Se advierte una creciente sensibilidad con respecto al ambiente y al cuidado de la naturaleza, y crece una sincera y dolorosa preocupación por lo que está ocurriendo con nuestro planeta. Hagamos un recorrido, que será ciertamente incompleto, por aquellas cuestiones que hoy nos provocan inquietud y que ya no podemos esconder debajo de la alfombra. El objetivo no es recoger información o saciar nuestra curiosidad, sino tomar dolorosa conciencia, atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno puede aportar. (LS, n.º 19)

Con lo señalado por el papa Francisco queda claro que la preocupación por lo creado requiere también de nuestro cuidado. Cuidar del otro no es más que cuidar también de lo creado, dando cumplimiento a la sana teología de la creación, donde el enseñoramiento de lo creado no es mera apropiación para la explotación: es actitud responsable frente al cosmos que habitamos y que nos ha sido encomendado por Dios.

El papa Francisco insiste en la necesidad de entender el cuidado de la casa común, por lo importante que es el cuidado de los demás y en especial de los más frágiles:

Por otra parte, si bien esta encíclica se abre a un diálogo con todos, para buscar juntos caminos de liberación, quiero mostrar desde el comienzo cómo las convicciones de la fe ofrecen a los cristianos, y en parte también a otros creyentes, grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos y hermanas más frágiles. (LS, n.º 64)

Es así que el cuidado del otro, de los otros y de la casa que habitamos debe brotar de la responsabilidad ética que tenemos como humanos y se debe ver enriquecida por la perspectiva teológica.

Ahora bien, desde el contexto de la pandemia, desde la perspectiva filosófica insinuada anteriormente, se procede a presentar unos avances para una teología ética del cuidado desde la figura de san José.

San José como testigo del cuidado

La figura de san José se presenta significativa para el quehacer como creyentes en nuestra interacción ética con los otros. Esta presencia josefina es la que, desde la discreción en el Nuevo Testamento, puede mostrar sendas de comprensión para el ser humano actual.

Es evidente que si se quiere realizar una fundamentación bíblica de este tema, se debe fundar en los dos textos neotestamentarios que más lo nombran: los Evangelios de san Mateo y de san Lucas. Sin embargo, y para dejar a los expertos el estudio exegético completo de los textos donde aparece la figura de José, se opta por seguir, ante todo, el texto mateano. San Mateo se expresa sobre José diciendo: “Su marido José, que era justo” (Mt 1,19). Este término define a José, pero ¿qué se entiende por ser justo? Al respecto el mismo papa Francisco en su carta *Patris corde* regala un acercamiento al afirmar: “Siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley” (Francisco, 2020, p. 1). Por ello cuando se pregunta por la justicia de José, se puede comenzar por resaltar una acción que marca la diferencia: él se decide a repudiarla en secreto, un acto sin parangón en el Antiguo Testamento. Por lo mismo, si se esperaba un documento que validara tal repudio, parece más bien que José desea cargar sobre sí la posible infamia que debería recaer sobre la repudiada. Se puede decir que es un hombre justo por ser capaz de ver más allá de las apariencias y formarse una idea sobre la acción de Dios en esta circunstancia. La bondad de José lo hace justo.

Sin embargo, en el texto es importante resaltar el hecho de un José que es presentado como esposo de María y no como padre de Jesús. Esta narración está expresamente hecha para presentar a José como el padre legal de Jesús, en coherencia con el texto inmediatamente anterior del Evangelio, la genealogía mateana. Es decir que lo fundamental de la figura del santo no es otra que mostrar el cumplimiento de las profecías veterotestamentarias (Schmid, 1973).

Pero el texto de san Mateo 1,18-25 puede aportar más claridades frente a la figura de san José. El sueño de José aparece en el texto como acto de comunicación divina mediado por el ángel, mensajero de Dios. José ha tomado una decisión: no hará nada de modo público y evitará a María cualquier tipo de escarnio. Sin embargo, un ángel del Señor se le aparece en sus sueños y le dice cuál es el origen del niño que María lleva en su vientre, y así le da una inmensa autoridad a esta afirmación que, si saliera de los labios de su desposada, sería insuficiente. Como sostiene Schmid (1973):

Antes de poner por obra su decisión, José recibe una explicación de lo sucedido por medio de un ángel que se le aparece en sueños. Esta noticia, comunicada nada menos que por un enviado de Dios, tiene más peso del que hubiera tenido si únicamente los labios de María fueran su origen. Porque la idea de que el Mesías vendría al mundo de manera distinta que todos los demás hombres era absolutamente extraña al judaísmo. (p. 65)

José es descendiente de David, y por él se le transmitirá a Jesús, como a su hijo legal, la filiación davídica, pero no solo busca comunicar a José lo que tiene que ver con la maternidad de María para que no la ponga en riesgo. El anuncio a José es por ser el padre legal y para comunicarle el nombre que debe dar al niño, por ser este el que cumplirá las profecías mesiánicas (Schmid, 1973).

Para nuestro interés es fundamental el final de este texto bíblico: “Una vez que despertó del sueño, José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer” (Mt 1, 24). Mucha tinta ha corrido

en las obras de los exegetas sobre el versículo final (Mt 1, 25), por aquello de que José no conocía a María hasta que ella dio a luz. Sin embargo, para este tema es de mayor interés el versículo citado, pues muestra la disponibilidad de José para hacer lo que Dios le pide, buscando el bien de María y de su hijo, al que pondrá por nombre Jesús. La disponibilidad de José queda claramente manifestada porque le bastó con despertar para hacer lo solicitado por el ángel. José ya se esboza en este texto como el custodio, el cuidador de Jesús y de María.

Al respecto, recuerda san Juan Pablo II que José es, con María, el primer depositario del misterio:

De este misterio divino José es, junto con María, el primer depositario. Con María —y también en relación con María— él participa en esta fase culminante de la autorrevelación de Dios en Cristo, y participa desde el primer instante. Teniendo a la vista el texto de ambos evangelistas, Mateo y Lucas, se puede decir también que José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación. Él es asimismo el que ha sido puesto en primer lugar por Dios en la vía de la “peregrinación de la fe”, a través de la cual María, sobre todo en el Calvario y en Pentecostés, precedió de forma eminente y singular. (RC, n.º 5)

El custodio del redentor, José, no solo es tal por contemplar el misterio y aceptar la voluntad de Dios: es también el cuidador de Jesús y de María para que los planes divinos se puedan cumplir. Así, por ejemplo, se entenderán otros textos como el de Lc 2, 41-50, cuando se ve a José junto a María preocupados buscando a Jesús que ha subido con ellos a los 12 años a la Pascua, y se da la escena con los doctores de la ley en el templo. Sin embargo, esta escena presenta a María y José angustiados por su hijo, al cual desean cuidar como siempre; es decir, cumpliendo la función paterna del cuidado del hijo, pero también de custodio como colaborador del misterio salvífico (Fitzmyer, 1987).

Ahora bien, para profundizar en la figura de José, es necesario dar una breve mirada al capítulo segundo de Mateo, en especial a lo que se refiere a su figura y actuación en el plan divino. La escena es muy conocida, pues se refiere a la visita de los magos orientales y a las consecuencias de ello, en particular la huida a Egipto y el regreso a Nazareth. Centrando la atención en lo que toca a san José, dice Mateo:

Después que ellos se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: de Egipto llamé a mi hijo. (Mt. 2, 13-15)

Emerge de nuevo el sueño como el medio empleado para que el ángel del Señor le revele a José lo que debe hacer, y como en el caso anterior, se levantó e hizo de inmediato lo que le avisó el enviado de Dios. La huida a Egipto es un gesto claro de cuidado y protección de Dios y de José como custodio del redentor. Ante la persecución que se avecina, que terminará con la masacre de los inocentes, es necesario poner a salvo a Jesús y a María. Egipto es lo suficientemente lejano y fuera del control de Herodes para que puedan estar allí el tiempo necesario. José, como esposo y padre, se dedicará a trabajar como artesano y seguramente no tendría dificultad para dar lo necesario a su familia. El cuidador cumple su misión y espera la voluntad de Dios para actuar de nuevo; ha llevado a María y a Jesús lejos del peligro (Grasso, 2014).

Este texto, además, recuerda a Moisés y a Egipto, lugar de la salvación del pueblo de Dios por la acción encomendada a Moisés. Egipto fue salvación en época de Jacob y sus hijos, luego fue lugar de esclavitud y de sufrimiento, y por último, de allí es rescatado el pueblo de YHWH. En este caso, Egipto será el lugar del cual llamará Dios a su hijo en cumplimiento de las profecías veterotestamentarias. El rol de José sigue siendo el del protector que ayuda

a que se cumpla la voluntad de Dios. El paralelismo entre Moisés y Jesús en estos textos es claro (Harrington, 2005).

Ahora bien, la historicidad de los textos vistos aún está abierta a la discusión de los especialistas; para el creyente lo fundamental es comprender el texto en su marco de referencia y poder aplicarlo a lo cotidiano. Aquí, José es una figura importante (Schweizer, 2001), que cumple una misión fundamental según el evangelista, para que se pueda cumplir la voluntad divina. José hace lo que Dios quiere; es justo y recto, pero además tiene las condiciones de sensibilidad humana para ejercer la paternidad y custodia que se le encomienda. José emerge del texto como un cuidador por excelencia.

San José y la ética del cuidado

La relación entre lo desarrollado en la primera parte de este escrito y los textos bíblicos elegidos sobre José en el Evangelio de Mateo pueden permitir una comprensión que sintetice lo ético del cuidado frente al otro y al mundo, con la figura josefina y su vivencia creyente del cuidado como un hacer lo que Dios quiere para el bien de los otros.

San José es un paradigma del cuidado para los cristianos y los no creyentes, porque encarna los valores de quien sabe desde la fe y su sensibilidad humana lo que corresponde a su actuar humano-cristiano, y, en consecuencia, trata de hacerlo siempre por el bien de los demás.

En cuanto al tema del cuidado de la casa común, los textos bíblicos no son lo suficientemente explícitos. Sin embargo, es fácil colegir el respecto a lo creado para un hebreo de aquellos tiempos. A fin de cuentas, los pecados ecológicos se desarrollaron más adelante en la historia, especialmente en los tiempos de la industrialización.

La ejemplaridad de san José para el cristiano se ha centrado en la figura del padre legal o adoptivo de Jesús. Sin embargo, ello no debe apartarnos de otras maneras de hacerse presente en la historia del hombre de hoy. Las grandes figuras del cristianismo deben impactar al creyente y al no creyente

con su testimonio de vida. En el caso de san José, ese testimonio permite ver más allá de la paternidad legal y descubrir un ejemplo de cuidado del otro y del mundo en este marco de referencia.

No se debe terminar sin insinuar otro tema que permitirá en el futuro profundizar en la figura de san José: su relación con María y con la mujer en general, viendo oportunidades de reestructurar los modos socioculturales actuales de ver la relación entre la mujer y el hombre.

Referencias

Biblia de Jerusalén (2019). Editorial Desclée De Brouwer.

Concilio Vaticano II (2000). *Constitución Pastoral Gaudium et Spes* (GS). Librería Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

Fitzmyer, J.A. (1987). *El Evangelio según San Lucas II. Traducción y comentarios capítulos 1-8,21*. Ediciones Cristiandad.

Francisco (2015). *Carta Encíclica LAUDATO SI' sobre el cuidado de la casa común (LS)*. Librería Editrice vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Francisco (2020). *Carta Apostólica Patris Corde*. Librería Editrice vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20201208_patris-corde.pdf

Grasso, S. (2014). *Il Vangelo di Matteo. Commento esegetico e teologico*. Città Nuova.

Harrington, D.J. (2005). *Il Vangelo di Matteo*. Editrice ELEDICI.

- Jaramillo-Ocampo, D. y Restrepo-Jaramillo, L. (2018). El cuerpo y el tiempo: márgenes del lugar y el no lugar en las experiencias educativas. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 30(2), 23-42.
- Lévinas, E. (1993). *Humanismo del otro hombre*. Caparrós Editores.
- Lévinas, E. (2012). *Totalidad e infinito*. Sígueme.
- Lévinas, E. (2014). *Alteridad y trascendencia*. Arenas Libros.
- Michelini, G. (2012). *Matteo. Introduzione, traduzione, commento*. Edizione San Paolo.
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española*. RAE.
- Restrepo-Jaramillo, L. G., Morales-Giraldo, L. J. y Valencia-Rico, C. L. (2020). Cuidado en educación y salud: una apuesta desde la alteridad. En D. Jaramillo-Ocampo y J. Orrego-Noreña, *Cuadernos de Educación y Alteridad III. Entre el cuidado y la experiencia* (pp.107-122). Centro Editorial Universidad Católica de Manizales.
- Rosenzweig, F. (1997). *La Estrella de la Redención*. Ediciones Sígueme.
- San Juan Pablo II. (1989). *Exhortación Apostólica Redemptoris Custos (RC)*. Librería Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.pdf
- Schmid, J. (1973). *El Evangelio según san Mateo*. Herder.
- Schweizer, E. (2001). *Il Vangelo secondo Matteo*. Paideia Editrice.
- Skliar, C. (2008). *El cuidado del Otro*. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.